

se sitúa en esas perspectivas, sino, como venimos diciendo, en la lectura crítica, que constituye, sin duda, un punto de partida imprescindible para una lectura científica de la Sagrada Escritura.

A esa lectura crítica apuntan asimismo en general las orientaciones para el trabajo personal, que, como es habitual en esta colección, el Prof. Morla brinda al final de cada capítulo. Y lo mismo hay que decir de la amplísima bibliografía que aparece a lo largo del libro. Esta ha de valorarse tanto en las notas a pie de página, en las que remite continuamente al lector a lugares en los que puede ampliar el estudio de puntos concretos, cuanto en los apartados dedicados a información bibliográfica. Esta información da cuenta, por un lado, de la bibliografía básica en español, sin mencionar comentarios ya existentes desde hace algún tiempo, y sin duda al uso de bastantes lectores, como los publicados en la B. A. C., o el de San Jerónimo; y, por otro lado, al final de cada capítulo, hace una valoración de los libros más importantes aparecidos sobre la materia en cuestión. Esta valoración se centra sobre todo en los aspectos formales de las obras; para un juicio más amplio el lector español podrá acudir a boletines bibliográficos como los de S. Pié y Ninot en *Actualidad Bibliográfica* 44. 46. (1985-1986) 202-211, 163-174, no reseñados por V. Morla. En este sentido, sorprende no encontrar, al final de la primera parte, el volumen sobre la sabiduría del Antiguo Testamento editado por M. Gilbert en BETHL en 1979 y reeditado actualizado en 1990.

G. ARANDA PÉREZ

Emile PUECH, *La croyance des Esséniens en la vie future: Immortalité, résurrection, vie éternelle? Histoire d'une croyance dans le judaïsme ancien*. Vol. I: «La résurrection des morts et le contexte scripturaire»; vol. II: «Les données qumránienes et clasiques», Ed. Gabalda, Paris 1993, 956 pp. 16 x 24.

El tema de la vida futura, que es de permanente actualidad, ha vuelto a recobrar interés en nuestros días, como se comprueba por la bibliografía sobre el tema, abordado desde muchas perspectivas. Se sabe, por otra parte, que la escatología es una de las doctrinas específicas de la comunidad de Qumrán. La mayor parte de los trabajos que estudian este tema, se centran sólo en la Biblia, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, o en alguno de los libros; otros lo hacen en sólo los libros apócrifos, especialmente en los apocalípticos; e incluso en la literatura de Qumrán. Pero no existe ninguno como esta monografía que abarca toda la literatura que

tuvo o pudo tener alguna relación con los documentos encontrados junto al Mar Muerto. El ámbito literario que abarca el libro es enormemente amplio.

Como refleja el título, el objetivo del libro es investigar cómo era *la fe de los esenios en la vida futura*, de modo que la literatura no esenia sirve o como introducción, o como complemento; es decir, el análisis de los textos no pertenecientes a la biblioteca de Qumrán será siempre comparativo; este estudio comparativo da como resultado la historia de una idea religiosa, de una creencia, desde que se insinúa con la existencia del Sheol hasta la resurrección universal y definitiva que el cristianismo confiesa, a la luz del acontecimiento pascual. La consideración histórica del tema se pone de relieve en la distribución del trabajo en dos volúmenes, el primero revisa la literatura que nace en el contexto escriturístico, y sirve de introducción (cfr. p. 35); y el segundo se centra en los documentos de Qumrán y en la literatura clásica, y viene a ser el centro de la investigación.

El primer volumen lleva un subtítulo que acota más aún el tema, «La resurrección de los muertos y el contexto escriturario», a pesar de que el A. reconoce que «resurrección» es un término ambiguo (p. 33), y que la palabra «escritura» ha de entenderse en sentido amplio, que permita englobar textos del Antiguo Testamento, libros apócrifos y textos relacionados con los medios judíos y cristianos. Así, pues, el contenido de esta primera parte se distribuye en tres capítulos: en el primero se analizan las perícopas del *Antiguo Testamento*, que reflejan la fe en la vida futura (tomada en sentido amplio); en el segundo, se sigue el mismo tema en los *libros apócrifos*, escritos en lengua semita y en lengua griega; en el tercero hay un pequeño cambio, pues se hace hincapié sólo en la *resurrección de los muertos*, tal como aparece en los documentos que reflejan el pensamiento de los saduceos y fariseos por una parte, y de los cristianos, por otra; como escritos cristianos se consideran únicamente los del Nuevo Testamento, y se dedican sendos apartados a Evangelios, Corpus paulino, Carta a los Hebreos y Apocalipsis. Completan este volumen dos excursos sobre los Samaritanos-Dositeos y los Padres Apostólicos, respectivamente, y una conclusión cuidadosamente redactada en tres apartados, correspondientes a los tres capítulos del volumen. La distribución ordenada de los textos seleccionados es un indicio de la claridad que el A. pretende y que, en gran parte consigue, a pesar de tratarse de un tema tan lábil y de una literatura tan vasta y tan complicada. Sin duda es un libro pedagógico y fácil de manejar.

El A. analiza los textos bíblicos cronológicamente, con el fin de ir delineando el desarrollo de la idea de la vida futura: de este modo descubre

que, a pesar de las vacilaciones y altibajos, pueden señalarse cuatro hitos importantes: a) el primer destello se vislumbra en la descripción del Sheol, a donde van los muertos, que, por tanto, no desaparecen del todo. Os 6, 1-3 marca el primer testimonio de un vida futura, aunque todavía resulte oscuro si se refiere al pueblo entero, o sólo a los justos. En esta misma línea hay que situar expresiones genéricas de los libros proféticos, los sabios y los salmistas. b) Pero algunos textos del gran apocalipsis de Isaías, en concreto, Is 26 reflejan una creencia clara en el juicio y castigo de los impíos, y en la resurrección de los justos pertenecientes al pueblo de Dios (pp. 66-73 y 305). Tenemos pues, un claro indicio de que en un tiempo no muy preciso, pero sin duda anterior al de los *hasidim* del s. II había un convencimiento neto de que los justos del pueblo resurgirán a una vida de alegría. Después esta creencia parece que se diluye un tanto. c) Dan 12, 1-3, hacia el año 165-164 a. C. retoma la formulación de Is 26, dando un paso más: los justos brillarán como los astros del cielo, serán como ángeles, mientras que los malos serán definitivamente aniquilados (pp. 79-85 y 305). Son testimonios claros de la fe de los *hasidim*. d) Finalmente el judaísmo alejandrino reflejado en 2Mac y en el libro de la Sabiduría empalma con la corriente bíblica más que con la concepción antropológica platónica, y confiesa la resurrección de los muertos y la vida futura. La misma idea queda clara en la traducción de los LXX.

Los escritos apócrifos, con pequeñas diferencias, reflejan la misma evolución de la fe en la vida futura: los más antiguos, como Jubileos (muy oportuno es el estudio de 4Q176 21, correspondiente a Jub 23, 30-31), insisten en la escatología colectiva, los más recientes como 4 Esdras o los Oráculos Sibilinos, hablan de la nueva creación, en que las almas de los justos alcanzarán la paz gozosa y las de los pecadores, sufrimientos tremendos.

En el NT Jesús inaugura los bienes escatológicos de salvación, más aún, por su muerte y su resurrección, cumple en su persona la victoria definitiva sobre la muerte y viene a ser el primer nacido de la nueva creación y el supremo juez de vivos y muertos (p. 314). La resurrección de Jesús fundamenta la de sus discípulos y la de todos los hombres. En esto estriba la novedad del Nuevo Testamento.

El capítulo III está ordenado de modo diferente al resto de la obra: no se estudian los textos por orden cronológico, sino por orden temático, seleccionando fragmentos más que obras enteras. Esta metodología da como resultado considerar la doctrina de la resurrección en los saduceos, fariseos y cristianos como un bloque monolítico. Al menos el NT refleja la vida de un siglo desde los primeros escritos a los últimos; son 27 libros

y todos ellos llevan tras de sí unas vivencias muy ricas de las primeras comunidades cristianas; además, puesto que estas comunidades estaban esparcidas por el mundo entonces conocido, es previsible que los escritos reflejaran influencias helénicas o de otras culturas. Por todo esto, el tratamiento que se da a los libros del NT resulta insuficiente; es correcto, pero poco profundo, y con excesivo interés por buscar un tratamiento uniforme.

El tomo segundo lleva como subtítulo «Los datos qumránicos y clásicos», y está dividido en diez capítulos, los ocho primeros dedicados a otros tantos documentos de Qumrán, el penúltimo es una breve y sutil explicación de las tumbas encontradas en la zona del Mar Muerto, y el último es un análisis y explicación de la doctrina de F. Josefo y de Hipólito. Completan este volumen y sirven de colofón a toda la obra, una conclusión general (pp. 789-802), una tabla de abreviaturas y siglas (pp. 803-812), una bibliografía muy completa (pp. 813-890) y unos índices de referencias y de materias (pp. 891-946). La simple enumeración de las páginas da una idea del trabajo importante que contienen y de la utilidad que encierran estos epígrafes finales.

Hay que resaltar la meticulosidad y la calidad científica de la monografía, pero muy especialmente en este volumen. El A., que ya tenía acreditada su pericia en reconstruir y analizar los documentos de Qumrán, como heredero del bloque de textos de J. Starcky, la ha puesto de manifiesto aquí al estudiar con detenimiento un enorme número de manuscritos. Muchos ya eran conocidos por publicaciones anteriores, pero a todos los somete Puech a una minuciosa revisión, añadiendo fragmentos inéditos, matizando interpretaciones de los primeros editores y encuadrándolos lo más posible en el tiempo en que fueron compuestos para descubrir las circunstancias concretas de la comunidad. Este examen pormenorizado hace que este libro sea imprescindible para quienes abordan esos mismo documentos y para todo investigador de los documentos del Mar Muerto, porque es un buen paradigma sobre el método de estudiar un tema en esta literatura.

A lo largo de la monografía quedan reflejadas las enormes dificultades que ha debido de encontrar el A. para que los árboles no impidieran la visión del bosque, es decir, para que el estudio detallado de los documentos no restara interés al tema teológico de la escatología. De ahí que haya desigualdades en el tratamiento de los documentos; unas veces se hace una crítica exhaustiva de los manuscritos; otras, se insiste menos. Así, en p. 339, al estudiar los Himnos no se transcribe el texto hebreo, y en la nota 20 se confiesa la dificultad de justificar las lecturas y de discutir las propuestas; aquí el interés se centra en el orden de las columnas que el propio Puech había propuesto; el mismo escaso tratamiento crítico se hace

con los grandes documentos. En cambio, en la p. 522, al presentar 11QMelkisedeq, se introduce con buen criterio la transcripción; en la nota 18 se alude, pero no se presentan, a las fotografías del «Palestinian Archeological Museum» de unos pequeños fragmentos (por cierto, la sigla PAM no aparece en la lista final de abreviaturas). También hay altibajos en las valoraciones doctrinales de los textos. Así, después de estudiar los documentos del ciclo de Melquisedec, se hace una larga reflexión sobre esta figura y el fin de los tiempos (pp. 546-561), mientras que otros bloques de textos carecen de una explicación semejante.

Estas diferencias en el análisis de los textos o en las reflexiones doctrinales no rebajan la altura científica del conjunto, y bien merece la pena resaltar aquí algunas de las conclusiones a que ha llegado el autor.

En primer lugar, a partir de este libro habrá que tener por seguro que las noticias de F. Josefo sobre un origen pitagórico de la fe de los esenios en la vida futura merecen escasa fiabilidad porque contradicen el contenido de los documentos (pp. 760-762 y 785-787). La vida futura no coincide con la idea griega de la inmortalidad del alma, sino que incluye la resurrección de la carne, como afirma Hipólito (p. 801).

En segundo lugar, que la fe en la vida futura reflejada en los documentos de Qumrán «es comparable, si no idéntica con la fe de los fariseos» en esa misma época, es decir, en los siglos segundo y primera mitad del primero a. C. (p. 783); la única diferencia es que los «justos» no designan exactamente los mismos miembros del pueblo de Dios, pues en Qumrán sólo los de la secta pueden llegar a serlo.

En tercer lugar, el contenido escatológico de los manuscritos de Qumrán tiene puntos de contacto con la escatología del NT (cfr. p. 800). Sin embargo, el A. es muy sobrio, y esto le honra, a la hora de sacar conclusiones poco probadas sobre la influencia de Qumrán en el Nuevo Testamento. Más bien, parece subrayar la originalidad del cristianismo en el sentido siguiente:

— La doctrina escatológica del NT tiene mucho que ver con la corriente bíblica, representada, sobre todo, en los escritos a partir de Dan 12, y en los libros apócrifos; pero «le NT, opere une transformation essentielle» (p. 321); los Evangelios contienen una escatología personal y una escatología colectiva (p. 313); Pablo transforma las representaciones judías de la vida futura, a la luz de la victoria de Cristo sobre la muerte. Y así confiesa que Cristo resucitado es primicia de la resurrección de los creyentes; y que supone también la resurrección de la carne (1Cor 15, 22) (cfr. pp. 267 y 315).

— La concepción escatológica del Nuevo Testamento es deudora de algunos testimonios aportados en Qumrán, pero para entenderla bien, habrá que tener en cuenta la escatología farisea, especialmente en los puntos más divergentes (p. 901)

En síntesis, estamos ante un libro imprescindible en el análisis de los documentos del Mar Muerto. Pero también necesario como prototipo de una metodología científica en el tratamiento de los testimonios escritos y arqueológicos. Es además un magnífico estudio histórico de una idea religiosa tan importante como la vida de ultratumba.

S. AUSÍN

Georges COTTIER, *Histoire et connaissance de Dieu*, Editions Universitaires Friburg («Studia Friburgensia. Nouvelle Série», 79), Friburg 1993, 255 pp., 15, 5 x 22, 5.

Profesor de Filosofía en las Universidades de Friburgo y Ginebra, el autor es además, director de la revista «Nova et Vetera», teólogo de la Casa Pontificia y desde hace varios años, Secretario de la Comisión Teológica Internacional. El libro que ahora reseñamos es un excelente estudio sobre las filosofías de la historia desde Hegel, pero es más que eso: Cottier pretende responder a la pregunta de si es posible una filosofía de la historia. La respuesta, que viene ampliamente justificada por el autor, es afirmativa pero condicionada. Es decir, para Cottier la posibilidad de una filosofía de la historia pasa, en primer lugar, por el rechazo del sistema hegeliano y de sus sucesores marxistas y, en segundo lugar, se distingue de una teología de la historia, aunque necesariamente deba trabajar bajo la luz de la Revelación.

La reflexión sobre la historia parte del hecho histórico, que se presenta como un dato existente en la experiencia distinto del de la naturaleza. Este es susceptible de repetición, los experimentos se repiten porque siguen unas leyes necesarias, independientemente de su significación y los percibimos sobre todo en el espacio. El hecho histórico lo percibimos en el tiempo y es irreversible y contingente porque es obra de agentes libres. Se requiere una distancia entre él y el observador porque lo simultáneo no es histórico. Debe tener además una relación significativa al sujeto. Esto es la «memoria histórica»: Tener presente en el espíritu un hecho pasado en razón de su significación para mí, en el presente o en el porvenir. Me afecta y sé que me afecta. La memorización es siempre selectiva e interpre-